

Carl Bildt

El orden mundial iliberal ya está aquí

Project Syndicate, 18 de noviembre de 2025.

ESTOCOLMO – Hubo un tiempo en que era común hablar de un “orden internacional liberal”. Si bien los acuerdos institucionales que lo acompañaban no siempre eran del todo liberales, internacionales ni ordenados, la denominación tenía su utilidad. Al fin y al cabo, el propósito de un ideal no es describir la realidad, sino orientar el comportamiento, y durante muchas décadas, la mayoría de los países aspiraron a formar parte del orden liberal y a contribuir a su desarrollo (aunque algunos prefirieran aprovecharse del sistema o manipularlo).

Esos tiempos han quedado atrás. Hemos entrado en una nueva era de desorden global. Obviamente, el ascenso constante de China y otras economías emergentes siempre iba a suponer un desafío para los acuerdos creados por las potencias occidentales tras la Segunda Guerra Mundial. Pero el factor decisivo en la desaparición del orden internacional liberal es que su principal artífice, Estados Unidos, lo ha abandonado. Los líderes estadounidenses ya no se hacen eco del compromiso de John F. Kennedy de «pagar cualquier precio, soportar cualquier carga, afrontar cualquier dificultad, apoyar a cualquier amigo, oponerse a cualquier enemigo para asegurar la supervivencia y el triunfo de la libertad».

Es cierto que Estados Unidos no siempre fue coherente en el respeto del derecho internacional ni en su apoyo a las Naciones Unidas y sus redes multilaterales de cooperación. Pero no cabe duda de que, sin el apoyo estadounidense, todo este entramado se habría derrumbado, como parece estar ocurriendo ahora. Durante el segundo mandato del presidente Donald Trump, Estados Unidos ha denunciado explícitamente el antiguo orden liberal, y el secretario de Estado, Marco Rubio, afirmó que «no solo es obsoleto, sino que ahora es un arma que se utiliza en nuestra contra».

Por definición, un orden internacional implica ciertas normas comunes. Sin embargo, la administración Trump se muestra abiertamente hostil a tales restricciones. Está impulsando explícitamente una política que antepone sus propios intereses, definidos por ella misma, a todo lo demás, y ha demostrado estar dispuesta —e incluso deseosa— de maltratar a amigos y aliados en el proceso.

Los aranceles punitivos de Trump son solo una parte del problema. Ha ignorado por completo las normas, incluso imponiendo aranceles a las importaciones por razones ajenas al comercio. Si bien aún es pronto para sacar conclusiones, no cabe duda de que la economía global pagará un alto precio por el mandato destructivo de Trump, y la economía estadounidense quizá sea la más perjudicada a largo plazo.

Vaya más allá de los titulares para comprender los problemas, las fuerzas y las tendencias que dan forma a las elecciones presidenciales de Estados Unidos, y las probables implicaciones de su resultado.

El concepto mismo de derecho internacional ha sido prácticamente erradicado de la política exterior y económica estadounidense. La antigua concepción de la geopolítica como una contienda entre regímenes democráticos y autoritarios resulta ahora totalmente irrelevante. Trump y sus designados hablan de derechos humanos de forma selectiva, como cuando difunden falsas acusaciones de genocidio contra agricultores blancos en Sudáfrica (mientras tanto, los palestinos de Gaza y Cisjordania apenas son mencionados).

En Estados Unidos se ha producido una comprensible reacción contra las "guerras interminables" en Afganistán e Irak, así como un reconocimiento tardío de que no se puede reordenar el orden internacional mediante dictados estadounidenses. El momento "unipolar" de poderío estadounidense sin parangón —entre la caída del Muro de Berlín y el surgimiento de China como superpotencia tecnológica— sin duda alimentó la arrogancia estadounidense.

Pero ahora la situación se ha invertido por completo. Desde Groenlandia hasta el Canal de Panamá, Estados Unidos se ha convertido en un motor de desorden internacional, sumándose a países como Rusia, con su delirante guerra de agresión contra Ucrania y su creciente guerra encubierta contra la Unión Europea. Mientras tanto, vastas regiones, desde el Cuerno de África hasta Sudán y a través del Sahel, se ven sumidas en el conflicto y el caos, y a nadie parece importarle. De hecho, Estados Unidos está enfrascado en su propia guerra, una especie de «guerra de elección», contra el régimen de Nicolás Maduro en Venezuela.

A pesar de su poderío industrial y sus crecientes recursos navales, es improbable que China llene el vacío dejado por Estados Unidos. Hasta ahora, los chinos han actuado con cautela, resistiendo firmemente lo que consideran intimidación estadounidense, pero absteniéndose de intervenir en diversos conflictos alrededor del mundo. China busca explícitamente un nuevo orden mundial, no la continuación del orden liberal liderado por Estados Unidos que prevaleció durante ocho décadas después de la Segunda Guerra Mundial.

Pero no se vislumbra un nuevo orden. Hemos entrado en un periodo de desorden global, con regímenes iliberales ganando terreno y las antiguas estructuras internacionales desmoronándose. Estas tendencias serían peligrosas de por sí; lo son aún más ante el cambio climático, los riesgos de pandemias y tecnologías potencialmente disruptivas como la IA. La cooperación necesaria para gestionar estas amenazas no está a la vista. Si existe alguna esperanza en esta era de desorden global, reside en coaliciones plurilaterales centradas en cuestiones específicas: normas comerciales, salud global y la transición energética, entre otras. Los países que reconocen los peligros que enfrentamos tendrán que encontrar nuevas formas de colaborar por su cuenta.

Carl Bildt fue primer ministro y ministro de Asuntos Exteriores de Suecia.

